

todas las contrariedades y á todas las pretendidas imposibilidades. Goza de un secreto placer cuando se ve despojado de todo apoyo humano, porque entonces se entrega por completo en los brazos de la Providencia. Acordémonos de un San Francisco Javier, de un San Vicente de Paúl y de tantos otros. Nada honra tanto á la omnipotencia de Dios como la omnipotencia que da á los que en El confían. *Nihil omnipotentiam Dei clariorem reddit, quam quod omnipotentes facit omnes qui in se sperant* (1). ¿Por qué habré, pues, rehusado por tanto tiempo el mérito y las dulzuras de una virtud que infunde en el alma del que la goza tanta paz, tanto vigor y tantos consuelos? *Qui omnem sollicitudinem suam in Deum jactat, habet ipsum Dominum in provisorem* (2).—*Cujus est fortitudo Dominus, tam non cadit quam non cadit Dominus* (3). *O spes, tu omnia portare facis dulciter et suaviter* (4). San Lorenzo Justiniano dice de la esperanza: *Ipsa est in labore requies, in æstu temperies, in fletu solatium* (5).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Fe viva de San José*.—El haber creído formó la felicidad de María; lo mismo se puede decir de San José. El cree á pesar de las obscuridades, á pesar de las aparentes imposibilidades. Dios recompensa su fe con íntimas comunicaciones que le hacen avanzar en el conocimiento de los misterios. De ahí procede esa profunda piedad con que adora al niño Jesús, al mismo tiempo que manda en El; de ahí esa dulce y continua contemplación.

PUNTO SEGUNDO.—*Humildad de San José*.—Hubo de luchar contra las humillaciones á que fué sometido, y contra los favores celestiales de que fué colmado. Oriundo de

(1) S. Bern., LXXXV. *Serm. in Cant.*

(2) S. Bonav.

(3) S. Aug. in p. CXVII.

(4) Id.. *Serm. X ad fratres erem.*

(5) *Trac. de spe. c. II.*

la más ilustre familia del universo; y en lugar de tener centro como muchos de sus antepasados, se veía reducido á ganarse el sustento con el sudor de su frente, como el último de los artesanos. Pero José acepta con gusto esta oscura condición. Más resplandeció todavía su humildad en las insignes gracias de que Dios le colmó. Ni su augusta unión con la Madre de Dios, ni los sublimes oficios que fueron consecuencia de ella, fueron parte para hacerle olvidar su nada. ¿De qué consideraciones no hubiera sido objeto, si hubiera revelado el glorioso misterio que le había sido confiado! Pero se guardó bien de hablar de ello.

PUNTO TERCERO.—*Esperanza de San José*.—Las contrariedades le fortifican lejos de desanimarle. Y en Belén, donde no encuentra alojamiento, y en la huida á Egipto, y á la vuelta, José espera contra toda esperanza. Por eso su confianza quedó siempre justificada. ¡Oh! ¡qué alegría no hubo de causarle el ángel cuando le dijo: No titubees en tomar á María por Esposa!

MEDITACIÓN LXXVIII

21 de Marzo.—SAN BENITO

Si la fiesta de este día es en modo especial querida para el estado religioso, por haber sido el santo que se festeja el encargado de formar las reglas y comunicarles su espíritu, no lo es menos para el sacerdocio encargado de formar y dirigir á almas religiosas y á todas aquellas que son llamadas á la perfección. Nació este Santo hacia el año 480, en el ducado de Espoleto, de padres distinguidos por su nobleza y por sus muchas riquezas. Enviado á Roma á la edad de siete años, hizo rápidos progresos en las ciencias humanas, y mayores aún en la ciencia de la salvación. Cuando llegó á la edad de quince años, vió una gruta semejante á una tumba: moró en ella por tres años, sin otro testigo de su apartamiento, que un hombre caritativo que todas las semanas le llevaba algunos pedazos de pan. Mientras tanto, otros monjes de los lugares vecinos llegaron á descubrirle, y

después de repetidas instancias, obtuvieron que fuera á dirigirlos. Pero apenas probó hacerles entrar por los estrechos senderos de su profesión, rehusaron obedecerle y resolvieron deshacerse de él. El Santo, habiendo bendecido, según su costumbre, el vaso que se le presentó en el refectorio y que contenía veneno, dicho vaso estalló en el acto, y Benito volvió á su soledad.

Tan gran número de discípulos le siguieron que llegó á fundar en aquel desierto hasta doce monasterios. Más tarde fundó el de Monte Cassino, que vino á ser cabeza de toda la orden. Allí fué donde redactó sus reglas, código perfecto de la vida religiosa. Y allí murió el 21 de Marzo del año 543. En el momento de expirar, dos de sus religiosos, de monasterios diversos y muy lejanos, vieron un camino luminoso que partía de la celda del santo y se remontaba hasta las nubes; y oyeron una voz que decía: *Por este camino, Benito, el muy amado de Dios, ha subido al Cielo.* No conocemos á otro Santo en el que se haya mostrado tan visiblemente la bendición del Señor, por la que promete el céntuplo á los que lo abandonan todo por seguirle. La gracia hizo que San Benito encontrara de una manera prodigiosa:

- I. La vida en la muerte.
- II. Las riquezas en la pobreza.
- III. La gloria en el mayor alejamiento del mundo

PUNTO I

Prodigios de la gracia para con San Benito
que halla la vida en la muerte

Si San Benito hubiera dejado el mundo tan sólo para librarse de los peligros que en él corre la virtud y trabajar con mayor seguridad para su eterna salvación, hubiera podido escoger un desierto menos salvaje, y entregarse á mortificaciones menos dolorosas; pero cuando vemos á un joven de quince años,

rodeado de los cuidados que suelen prodigarse á la infancia, sin consultar á nadie más que á Dios, retirarse á una caverna donde no tendrá más compañía que las bestias feroces, más lecho que una dura roca, más vestido que un rudo cilicio, ni más alimento que raíces, debemos deducir que de tales providenciales preparaciones, Dios quiere sacar un prodigio de santidad y darle en cambio de la vida mortal sacrificada por él, una vida sobrenatural y extraordinaria.

¿Qué sucedió, en efecto? Que no solamente las excesivas austeridades, que hubieran debido consumir sus fuerzas á los pocos días, sirvieron para conservárselas y aumentárselas, sino que se puede también decir en cierto modo de esta tumba donde se sepultó vivo, lo que se dijo de la del Salvador: «La morada de la muerte fué para él mansión de vida. La abertura de una roca es el seno de una madre milagrosa que concibe un muerto y da á luz un vivo (1).» El valeroso joven lleva á cabo el proyecto de morir á todo y aún á sí mismo, para no vivir sino en Dios; y Dios le devuelve con creces todo lo que ha dejado por Él: con la santidad le da mayor ciencia, y una ciencia más preciosa de la que hubiera podido adquirir en todas las academias del universo. Lo hace maestro de un pueblo de santos y de sabios. ¿Podemos pensar en los hijos de San Benito y en sus obras sin admirar la savia que brota de la cepa de donde salen tales racimos y que producen tan maravillosos frutos?

¿Qué es lo que nos mantiene en nuestro tedio y flojedad? Casi siempre el solo temor de darnos demasiado á Dios para merecer que nos eleve á la dicha de la santidad. Tememos perder en un cambio donde todo resulta en ventaja nuestra... Fíjate, pues, oh alma mía, en lo que es la muerte que conduce á la vida; que cuanto más te desapegues de tus intereses humanos, tanto más merecerás las celestiales bendiciones.

(1) *Domus mortis mansio fit vitalis; uteri nova forma mortuum concepit, parit vivum.* (S. Petr. Chrys.)

PUNTO II

Prodigios de la gracia para con San Benito el cual halla la riqueza en la pobreza

Podía Benito prometerse todo lo que los hombres buscan en la fortuna, en la cultura del espíritu y en el ejercicio del poder; á todo renunció por amor á Jesucristo ¿y qué hizo el Salvador para recompensarle? Le trató como á los apóstoles, y pareció decirle como á ellos: «¡Ven, oh pobre muy amado, ven y sígueme; no teniendo nada, estás muy bien dispuesto para ser enriquecido con mis dones!» Cuanto más fecundo es el manantial, tanto más vacío debe estar el vaso que va á llenarse en él (1).

Porque despreció la herencia paterna, y quiso, á imitación del Salvador, no tener donde reposar su cabeza, los ricos le abren sus tesoros; pero, así como los apóstoles, mientras los fieles ponían á sus pies el precio de sus dominios sólo lo empleaban en bien de sus hermanos; de la misma manera San Benito recibía con una mano para dar con la otra; y quedaba para sí tan pobre, como si nada hubiera recibido. Envidiémosle mientras tanto el céntuplo de los bienes espirituales de que fué tan abundantemente colmado.

San Gregorio dijo de él que estaba lleno del espíritu de todos los justos (2); es decir, que el Señor reunió en él todos los bienes que suele repartir entre los demás; y lo que causa mayor admiración, es que Benito salió de su caverna adornado con todas las riquezas de la gracia, por una especie de nueva creación; sabio, sin haber estudiado; doctor, sin haber aprendido; legislador, sin haber jamás conocido otra ley que la del Evangelio; director consumado, sin que nadie le haya dirigido á él. La gracia le concedió el espíritu de gobierno, lo mismo que á Moisés; de profecía, como á Elías y Eliseo; de celo, como á los apóstoles.

(1) *Tam largo fonti vas inane admovendum est.* (S. Aug.)

(2) *Spiritu omnium justorum plenus fuit.*

Para ser verdadero siervo de Dios, desdeñó el poder y las dignidades á las cuales por su nacimiento había sido llamado; y hé ahí que Dios lo revistió de una autoridad casi absoluta sobre todas las criaturas. Los animales, los elementos, los demonios le obedecían, los muertos resucitaban á su voz: hizo milagros y comunicó el poder de hacerlos. ¡Oh! ¡qué bueno es el Señor á quien servimos! Arrojemos todos nuestros cuidados en su seno; y para dejar obrar en plena libertad á la gracia, no nos apeguemos á nada y despojémonos aún de nosotros mismos.

PUNTO III

Prodigios de la gracia para con San Benito, el cual encuentra gloria incomparable en la más profunda oscuridad

Lleno de desdén para consigo mismo, San Benito se había puesto en la imposibilidad de emprender alguna cosa en que pudiera lucirse en el orden de las cosas humanas; y Dios lo escogió para llevar á cabo los más altos y magníficos designios. Cuanto más se oculta, tanto más la Providencia procura darlo á conocer. Se oculta á las miradas de su siglo, y llega á ser la admiración de todos los siglos. Huye del mundo, y los más distinguidos personajes van á buscarle en su mismo desierto. Los príncipes y obispos le consultan como á un oráculo. Respetado de los mayores, amado de los pequeños, se hace temer aun de aquellos mismos que llevan á todas partes el terror: mirad, si no á un Totila á los pies del humilde solitario (1). Pero nada honra tanto á San Benito como la fundación de una orden célebre, extendida con admirable rapidez por todas las partes de Europa, sirviendo á la Iglesia por medio de sus escrito-

(1) Queriendo este príncipe tener una prueba del don de profecía de San Benito, fué á él disfrazado para conocer cuál había de ser su destino; pero el Santo le reconoció, le predijo lo que llegaría á ser y el fin de sus conquistas y de su vida después de nueve años.

res, apóstoles, mártires y una larga serie de romanos pontífices y santos obispos (1).

Honremos á este ilustre maestro de la vida monástica y religiosa. Recurramos también, cuando lo invoquemos, á esa innumerable multitud de Bienaventurados, llegados después de él al reino de la gloria por el camino luminoso que les trazara. Como San Benito y todos sus discípulos levantemos el edificio de nuestra santificación sobre estas cuatro inquebrantables columnas: oración, trabajo, mortificación de los sentidos y silencio.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Prodigio de la gracia para con San Benito haciéndole hallar la vida en la muerte.*—El valeroso joven lleva á cabo el proyecto de morir á todas las cosas y aún á sí mismo para no vivir sino á Dios; y en cambio de la vida corporal que sacrifica, Dios le da una vida sobrenatural extraordinaria. Comprende, pues, ¡oh alma mía! que el Señor jamás se deja vencer en generosidad; comprende cómo la muerte nos eleva á la vida: cuanto más despojado estés de las cosas humanas, tanto más te revestirás de las divinas.

PUNTO SEGUNDO.—*Prodigio de la gracia para con San Benito haciéndole hallar la riqueza en la pobreza.*—Porque ha rehusado la herencia paterna y, como el Salvador, quiso no tener donde reposar su cabeza, los ricos le abren sus tesoros. Envidiamos en él el céntuplo de los bienes espirituales de que fué con tanta largueza colmado. *Fué colmado del espíritu de todos los justos.* ¡Oh! ¡Qué bueno es el maestro á quien servimos! Descarguemos todos nuestros cuidados en su seno.

PUNTO TERCERO.—*Prodigio de la gracia para con San Benito que brilla en medio de la más profunda obscuridad.*—Cuanto más se oculta tanto más la Providencia le da á conocer. Huye

(1) En 1780, según Godescard, la orden de San Benito contaba 37,000 casas. Suponiendo sólo 10 monjes en cada casa, resultarían cerca de 400,000 personas que vivían bajo su regla.

del mundo, y los más distinguidos personajes del mundo lo buscan en el desierto. Pero lo que más honra á este Santo es la fundación de su orden. Lo mismo que San Benito, levantemos el edificio de nuestra santificación sobre estas cuatro columnas: oración, trabajo, silencio y mortificación.

MEDITACIÓN LXXIX

25 de Marzo (1).—LA ANUNCIACIÓN

- I. Embajador que el Cielo envía á María.
- II. Cómo recibe la Santísima Virgen este honor.
- III. Grandeza de ánimo que revela en este misterio.

PRIMER PRELUDIO.—Transportémonos en espíritu á la morada de la Santísima Virgen en Nazaret. Consideremos detalladamente la pobreza de su vivienda; sus dimensiones; su mueblaje. Este es el templo donde va á tener lugar la obra del inefable misterio de la Encarnación. María está en oración.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pidamos por intercesión de la Santísima Virgen la gracia de participar de sus santas disposiciones nosotros los Sacerdotes, que tanta parte tomamos en sus grandezas.

PUNTO I

El Cielo envía una embajada á la Virgen

Solemnidad, objeto, término de esta embajada.—*San Gabriel, la fuerza de Dios*, es el mensajero celeste. Viene en nombre y de parte del Señor: *Missus a Deo*. Todo el Cielo está atento al suceso que va á tener lugar, por más que él esté menos interesado que

(1) La fiesta de este día tiene doble objeto: La Encarnación del Verbo y la Anunciación de la Santísima Virgen. Bajo el primer aspecto la hemos incluido ya en la contemplación del II volumen página 213, ahora vamos á considerarla bajo el segundo punto de vista.

la tierra. ¿De qué se trata? De levantar al género humano caído en Adán, de reconciliar al hombre con Dios. No dice ya como otra vez la Santísima Trinidad: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza» sino que dice: «Hagamos á Dios á semejanza del hombre; Hagamos al Hombre-Dios y por él sea reparada la gran ruína de la humanidad culpable. Brilló la justicia en el castigo de los ángeles rebeldes; tenga ahora la misericordia su gloriosa manifestación en la salvación de los hombres!...» ¡Oh prodigio de amor! ¡Oh beneficio inestimable! ¿Y será necesario recordar á los hombres tan excelsos acontecimientos? ¡La Persona del Verbo va á libraros del infierno y á elevar nuestra naturaleza hasta el trono de la Divinidad! ¿Cuál es el término de esta embajada? ¿Adónde va el príncipe del Cielo? ¿A quién ofrecerá el más insigne de los honores que Dios pueda ofrecer á la criatura? Había también entonces, lo mismo que ahora, nobles princesas vestidas de púrpura, cubiertas de oro y pedrería..... El Criador del universo busca una madre en este mundo; pero no la busca en los palacios, ni en medio de lo que brilla á los ojos de la carne. Hé ahí realizadas las palabras de Daniel que nos representan á Dios sobre los querubines dirigiendo su mirada á lo profundo (1). En un abismo de humildad y anonadamiento es donde la Santísima Trinidad pone los ojos á fin de escoger una morada para Dios humillado y anonadado.

¡Oh Sacerdotes! Atraeréis la atención bienhechora del Señor sobre vosotros y seréis dignos de concurrir á la obra de su misericordia; tan sólo en proporción de vuestras voluntarias humillaciones: *Excelsus super omnes gentes Dominus. Humilia respicit in caelo et in terra* (2). ¿A quién ha sido enviado el Arcángel? A una virgen que á los ojos de los hombres no es más que la esposa de un pobre artesano, y que en su propio concepto, es menos todavía, porque no es nada.

(1) Dan., III. 55.

(2) Ps. CXII.

En Ella, y á favor suyo, quiere el Todopoderoso obrar la más asombrosa maravilla. ¡Con cuánta consideración la trata! No le envía á Gabriel para significarle sus órdenes, sino para pedirle su consentimiento. Se digna negociar con María lo que hubiera podido ser objeto de un decreto absoluto. ¿Cómo podrá Ella soportar el peso de grandezas tan imprevisitas é incomprensibles como las que van á serle anunciadas?

PUNTO II

María recibe la embajada celestial y el honor de la divina maternidad

Meditemos las palabras del Angel y las respuestas de la Virgen á quien él saluda con tanto respeto. En las primeras encontraremos lo que el Cielo puede ofrecer de más grande, y en las segundas lo que la tierra puede producir de más santo.

Ingressus angelus ad eam dixit: Ave gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus. ¡Qué elogio tan magnífico en tres solas palabras! María debía creer en ello: era Dios él que le hablaba por boca de su embajador. Nosotros ciegos, llenos de miserias, separados quizás de Dios por el pecado y dignos de todas las maldiciones, prestamos fe de buen grado á toda palabra que nos halaga, de donde quiera que provenga. María se turba porque el Cielo le prodiga alabanzas que le son debidas. *Quæ cum audisset turbata est in sermone ejus:* y yo me turbo y entristezco si me rehusan unas alabanzas de que soy tanto más indigno cuanto más creo merecerlas..... Su turbación era indicio de humildad: ¿qué demuestra la mía sino mi orgullo? Ella examina en sí misma lo que significa esta situación que la sorprende: *Cogitabat qualis esset ista salutatio:* ¡Qué prudencia! Y yo me entrego sin desconfianza al contento y alegría, cuando una palabra, dictada muchas veces por la adulación, halaga mi amor propio... ¡Qué locura! Y muchas veces ¡qué peligro! El Angel

sin demora tranquiliza á la Virgen: *Ne timeas, Maria; invenisti enim gratiam apud Deum.* ¿Qué puede uno temer cuando halló gracia delante de Dios? ¿De qué podía espantarse la criatura amada del Señor entre todas las criaturas, aquella que conoce que es la predestinada á ser Madre del Altísimo; que su Hijo reinará, no solamente sobre la casa de Jacob, sino también sobre todo el universo, y que su reino no tendrá fin? Y sin embargo María no queda todavía libre de su turbación: es virgen y no quiere dejar de serlo. ¿Cómo podrán hermanarse las grandezas que se le ofrecen con el voto que ha hecho y que no romperá jamás? *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* En esa respuesta no se vislumbra desconfianza ni duda; Ella cree desde luego lo que el mensajero celestial le anuncia: *Non erit impossibile apud Deum omne verbum.* Es un sentimiento que, en cierta manera, se le escapa; es la improvisa expresión del amor que profesa á la santa pureza. ¡Oh Virgen santa! ¡Cuán agradable es á los ojos de Dios esta disposición de vuestro corazón, y cuán conforme con los designios que tiene sobre Vos! Ella es precisamente la que os mereciera esta gloriosa elección. Gabriel le explica esa inefable maravilla. *Spiritus sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* María presta entonces su consentimiento, en términos que nos dan á conocer todas las virtudes de que estaba adornada: su fe, su humildad, su amor á Dios, su ardiente deseo de contribuir á la salvación de los hombres; pero sobre todo su grandeza de alma: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.*

PUNTO III

Grandeza de alma de María en el misterio de la Anunciación

Lo mismo mostró que estaba dispuesta á ser Madre de Dios cuando rehusó este honor, que cuando lo aceptó.

San Ambrosio, San Agustín, San Bernardo y otros muchos doctores de la Iglesia nos enseñan que María consideró como una gran desdicha el que su pureza virginal tuviera que sufrir detrimento por la Concepción que el Angel le anunciaba; y que si Ella no hubiera podido ser á la par virgen y madre, hubiera preferido quedar como estaba: *Angelus partum nuntiat; at illa virginitati inhaeret; et integritatem angelicæ demonstratione anteponendam judicat* (1). Ella juzgaba, y con razón, que la gracia que nos santifica y nos hace agradables á los ojos de Dios es en sí preferible á todo favor que no haga otra cosa más que honrarnos y enaltecernos. Pero ¿qué grandeza de sentimiento suponía semejante determinación! Más esclarecida que los ángeles, María conocía el valor de la maternidad que estaba dispuesta á sacrificar. ¡Oh Reina de la virginidad, muchas otras jóvenes seguirán vuestros pasos y marcharán bajo el estandarte que habéis levantado! Pero si ellas merecen alabanzas por su valor, ¿podrán acaso sobrepasar á las que merecéis Vos? Ellas consentirán en permanecer vírgenes, para ser esposas del Hijo de Dios; pero Vos, para quedar virgen, renunciabais al incomparable honor de ser su Madre! ¡Cuánta grandeza de ánimo se necesita para rehusar semejante maternidad! Y no se necesitaba menos tampoco para aceptarla.

María no se hacía ilusiones sobre las consecuencias que se habían de originar de su consentimiento á la palabra del Angel; sabía muy bien que accediendo á lo que se le pedía, sacrificaba su reposo, su vida..... y lo que es infinitamente más, sacrificaba al mismo Hijo de Dios de quien iba á ser Madre. Había leído en los profetas la historia de ese Hijo tan justamente amado; Ella había comprendido que tenía que ser inmolado. ¡Qué valor tan heroico necesitaba para aceptar la pesada carga de aflicciones que preveía! ¡Oh Virgen, vos seréis la Madre del más cariñoso de

(1) S. Greg. Nyss.

los hijos, pero sus mismas caricias han de ser vuestro suplicio! ¡Qué dicha experimentaréis al estar en su presencia! Pero nunca le miraréis sin que se presente ante vuestra imaginación la Cruz y todos los horrores de la pasión. ¡Cuánto os aterra este pensamiento! Cuando os oigo responder: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra,» me parece ver á Jesús en el Huerto de los Olivos, aceptando el amargo cáliz, sacrificándose por amor á su Padre y á nosotros. Recibir el más incomprendible de los honores, es para Vos el más generoso desprendimiento.

¡Oh María cuán lejos estoy de vuestras virtudes, no obstante que mi dignidad tiene tanta semejanza con la vuestra! ¡Qué inquebrantable pureza, qué fuerza de espíritu, cuánta santidad puedo admirar en Vos, sin dejar por eso de admirarme con la Iglesia de que el Verbo se haya dignado encarnarse en vuestro seno! Pero ¡cuánto no debe asombrarme ver todos los días á ese mismo Verbo encarnarse entre mis manos! (1). ¡Oh Madre mía; dadme siquiera una centella de esa humildad profunda, en la cual reconocéis la causa de vuestra mayor dicha! *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ... beatam me dicent omnes generationes.* Sí, quiero, como Vos humillarme, anonadarme cada día más, á fin de atraer sobre mí las bendiciones del Señor: *Qui in altis habitat, et humilia respicit in cælo et in terra.* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El Cielo envía una embajada á María.*—¿Cuál es su objeto? Se trata de reparar la gran ruina de la humanidad culpable. ¿Cuál es el fin de esta embajada? ¿A quién va á ser concedido el mayor de los honores que el mismo

(1) *Vere veneranda sacerdotum dignitas, in quorum manibus Dei Filius, velut in utero Virginis incarnatur!* (S. Aug. apud. Molina, de dig. sacerd.)

(2) Ps. CXII.

Dios puede conceder? ¡Oh, alma mía! ¿Quieres atraerte las bendiciones del Altísimo? Humíllate.

PUNTO SEGUNDO.—*María recibe la celestial embajada.*—Meditemos las palabras del Angel y su respuesta: *Dios te salve, llena de gracia, etc.* ¡Magnífico elogio! Es Dios quien lo dirige á María por boca del Angel... María se turba; lo examina... ¡cuánta humildad! ¡qué prudencia! Gabriel la anima: ¿qué puede Ella temer habiendo hallado gracia delante del Señor? El Angel le explica cómo se cumplirá este misterio, y María consiente: *Hágase en mí según tu palabra.*

PUNTO TERCERO.—*Grandeza de alma de María en el misterio de la Anunciación.*—Se ve esta grandeza de María tanto en haber aceptado el honor de ser Madre de Dios, como en la disposición en que estaba de rechazarlo. Más bien que dejar de ser virgen, hubiera renunciado á la Divina Maternidad. Para ser esposas del Verbo Encarnado muchas consentirán en quedar vírgenes, pero María para quedar virgen renuncia á la dicha de ser su Madre!.. Aceptando el honor de ser Madre de Dios, no muestra María menos grandeza de ánimo. Este Dios hecho Hombre deberá expiar los pecados de todos los hombres; ¡ah, cuántos sufrimientos prevé María para el Hijo y para Ella misma! Recibir la mayor de las dignidades era para Ella el más generoso sacrificio.

MEDITACIÓN LXXX

El mismo día.—El Ave María

La salutación angélica contiene dos partes distintas: la primera es un cántico de alabanzas compuesto por las palabras que el Espíritu Santo mismo pone en boca del Arcángel y de Santa Isabel en honor de la bienaventurada Virgen; la segunda es una corta súplica añadida por la Iglesia. Las dos juntas son un resumen de nuestros deberes para con María, porque estos deberes consisten especialmente en honrarla como á nuestra Reina é invocarla como á mediadora y Madre. Pero es menester que nuestra fe vivifique esta fórmula, y que cuando la recitemos nos